

despertar británico

EL cine inglés ha sido, durante demasiado tiempo, un cine de la «corrección». Nada en él, en ningún sentido, resultaba «chocante», ni temática ni estilísticamente. Todo transcurría en un clima de medias tintas, sin pasiones excesivas ni alardes formales, sin excesos de personalidad por parte de ninguno de los elementos del equipo realizador: Se trataba de un cine sin nervio, desmedulado, en el que se contaban historias blandas de personajes blandos narradas de un modo blando. En varias ocasiones se pensó que iba a sacudir su modorra. En los años treinta, la escuela documental intentó dar un primer paso. Luego, rápidamente, se volvió a la tradición de «calidad». Al final de la guerra mundial, y más precisamente en los primeros años cincuenta, la producción de los estudios Ealing, cuya cabeza era Michael Balcon, volvió a hacer renacer la esperanza con sus comedias humorísticas. Pero hoy, con la perspectiva que da el tiempo, vemos que sus hallazgos fueron bastante menos importantes de lo que una visión excesivamente optimista hizo pensar en el primer momento. Quedaban, sí, algunos éxitos aislados, generalmente de tipo académico, y algunos nombres con los que, dentro de esta tendencia, se podía contar: Lean, Dickinson, Asquith a veces, Olivier en algunas de sus adaptaciones shakespearianas, los Korda... Pero el panorama general era esencialmente triste. El escamoteo de la realidad era una constante del cine británico. Nada de lo que se veía en las pantallas tenía que ver, ni por su propia sustantividad, ni por el modo como era presentado, con el comportamiento de las personas a las que, en primer lugar, se destinaban los films. Una serie de clichés —siempre los mismos— regia los comportamientos de los personajes y el tratamiento de los films. Todo dentro de ese clima de corrección y de mesura... El éxito literario y, sobre todo, teatral, de los «young angry men» aportó nueva savia al cine inglés. Paralelamente a este movimiento se había producido el del «free cinema», cuyo primer campo de experimentación fue el documental. Y por la misma época se incorporaba al cine británico un hombre que, imposibilitado por la «caza de brujas» para trabajar en su país, le había de dar las obras más importantes de los últimos años: Joseph Losey. Los hombres del «free cinema» se ponen inmediatamente en relación con los «angry» del teatro, y de su conjunción surge no sólo una serie de películas sino una productora, la «Woodfalls», que les va a permitir intentar dar un nuevo rostro al cine de su país. «Tom Jones» es obra de esta unión, y película muy representativa de la grandeza y limitaciones de este movimiento. Presentada en Venecia con excelente acogida, cargada de «Oscars» y habiendo logrado en cuantos países se ha presentado un fabuloso éxito comercial, la película ha conseguido aliar a su rigor estético una repercusión comercial enorme.

Adaptación de la novela de Fielding, realizada sobre un guión de John Osborne, la película está tratada en un tono de farsa que no se escapa nunca hacia lo gratuito ni hacia la astracanada. La concentración de tiempo no ha hecho desaparecer el concepto de «duración» que la novela imponía. Planteada a base de escenas breves, resueltas a ritmo rápido, en las que se esboza simplemente lo fundamental de cada situación, la película presenta una amplia galería de tipos que están, también ellos, únicamente esbozados. Una inteligentísima selección de actores y una dirección cuidadísima de ellos, no sólo en lo referente al gesto sino a su colocación en el cuadro en cada momento, a su vestuario y a su movimiento corporal, contribuye fundamentalmente al logro de la película. La excelente ambientación, la cotidianización de los elementos definitorios de la época histórica en que la acción se desarrolla, hacen que lleguemos a perder esa molesta sensación de baile de disfraces que generalmente producen las películas de época. Y las audacias de la cámara —que sigue en muchos casos las normas con que ha sido utilizada en los films de la «nouvelle vague» francesa— no resultan nunca gratuitas, sino que están perfectamente insertadas en la acción y en el movimiento de los personajes. La primera impresión que se saca de la película es la de haber visto algo realizado con una enorme maestría, con un dominio total de los medios narrativos utilizados. Y, bajo el aspecto de alocada cabalgata cómica, queda un afán demitificador no sólo respecto de personajes y conductas a la escala individual y dentro de unas coordenadas de clase, sino de los comportamientos de esta clase en cuanto tal y situada en un contexto histórico determinado. A través de un proceso cíclico, en el que Tom Jones, por el hecho de ser bastardo, se ve vapuleado por todos los estamentos representativos con los que a través de la peripecia argumental entra en contacto, todo, en una pirueta, se volverá del revés y Tom se convertirá como por obra de un golpe de varita mágica en dechado de virtudes por el hecho de descubrirse, en el último momento, que en realidad por sus venas corre sangre noble, y todas sus desventuras habrán acabado.

Tony Richardson —del que sólo conozco un film anterior, «Un sabor a miel»— ha evolucionado en el mismo sentido en que lo ha hecho Jack Clayton —de quien vimos el año pasado «Suspense» y, éste, su obra anterior, «Un lugar en la cumbre»—, dejando atrás un primer camino de neorealismo británico para acceder a un realismo crítico que puede ser el camino que, de una vez, haga situarse al cine inglés —que cuenta con hombres preparados para ello, como lo prueban los títulos citados y la estupenda «Qué noche la de aquel día»— en un puesto realmente importante del cine mundial. Y no hay que olvidar el excelente cuadro de actores jóvenes, o «rejuvenecidos», que, junto a los que intervienen en «Tom Jones» —Albert Finney, Joan Greenwood, Diane Cilento, Hugh Griffith—, cuenta con nombres como Tom Courtenay, Rita Tushingham, Mary Ure, Rachel Roberts, etc., que han barrido con su expresividad, con su liberación de gestos y movimientos, el estatismo académico y lleno de tics que era la característica de sus predecesores, incluso de los mejores de entre ellos.

CESAR SANTOS FONTENLA

dentelles de
CALAIS
MADE IN FRANCE
CALAIS - CALVRE - 110m

la gaine
Christian Dior

fajas y sostenes

PARIS

Concesionario para España
RUE ROYALE, 8. A.
Balma, 172 - Barcelona